

BALA EN LA RECÁMARA

Una vez conocí a una niña.

Era una persona soñadora, valiente y muy risueña. Jugaba a no pisar las baldosas rojas de la calle porque se imaginaba que eran lava, y creía que más allá de lo conocido había vida. Amaba como solo los niños pueden hacerlo, con el corazón abierto y sin prejuicios. Pidió durante muchos cumpleaños el mismo deseo y nunca se lo dijo a nadie, pues alguien sabio le contó una vez que si los deseos se dicen, no se cumplen.

Soñaba con convertirse en india, en sirena o en pirata, y vivir todas esas aventuras que leía en aquellos libros que tanto le gustaban, pero como no podía, se conformaba con recrear las historias que quería vivir en un papel.

Una noche de verano la niña encontró un viejo libro, lo leyó y al no tener un final se le ocurrió escribirlo ella misma. Erró creando a una infame reina malvada a la cual no fue capaz de matar y lo único que pudo hacer para salvar a los personajes de aquél cuento fantástico era cerrarlo. Cuando dejó el libro, aún no sabía que su vida iba a cambiar tanto, y quizás, esa sería la última historia que escribiría.

Han pasado los años y la niña, que ha crecido, soy yo. Añoro la valentía que tenía mi yo del pasado y envidio a la del Quijote, porque a diferencia de él, yo no supe enfrentarme a mis gigantes y dejé más de una historia a medias ya que me di cuenta que no tenía principios. Me alejé de las letras porque me aterraba la idea de tener que enfrentarme a un papel en blanco, pero las pocas veces que cogía la pluma sentía que mis palabras iban directas al papel como las balas al corazón de un poeta, sin que nada ni nadie se antepusiera entre ellos.

Ahora, por las causalidades de la vida, me he vuelto a enamorar de las letras, he confundido palabras con latidos y he malgastado madrugadas escribiendo versos que nunca verán la luz. Me he dado cuenta de que hay poemas que llevan nombre, y aunque sean los más bonitos que he escrito, nunca seré capaz de leerlos sin estar tragando piedras. Porque ya me lo dijeron una vez,

que serías el poema más bonito, pero también el más triste que jamás he logrado escribir.

Sigo teniendo en mi interior a esa niña soñadora, que sueña tanto que no vive ni en el presente, sino más bien vive en ilusiones. Que nunca he visto el vaso ni medio lleno ni medio vacío, porque el vaso siempre lo he roto y por eso nunca he tenido los pies en la tierra, porque me daba demasiado miedo cortarme con los cristales, y quizás, gracias a ello haya podido volar, coger el valor y el impulso que me faltaba para matar a la reina que escribí siendo niña y volver a empuñar ese revólver que tenía una bala en la recámara esperando a que fuese disparada para luego perderme en cada uno de los versos que escribo.